

In ihiyo, in itlahtol. Su aliento, su palabra. Libro de Homenaje a Miguel León-Portilla, México, UNAM, El Colegio Nacional, Instituto de Antropología e Historia, 1997, 364 p.

*¡Exista la amistad!
Es tiempo de conocer nuestros rostros.
Tan solo con flores
Se elevará nuestro canto.*

“Hacer sabios los rostros ajenos”, una de las fórmulas con las cuales los antiguos mexicanos ubicaban el papel social del filósofo, me parece una noción atinadísima. La sabiduría, comprendida así, es un

bien que se irradia, algo que nos alcanza y nos transforma. Y es una frase que me recuerda aquel verso de Gabriela Mistral: "Si tú me miras, yo me vuelvo hermosa". Porque hay un paralelismo sugerente entre el amor y la sabiduría, que en filosofía son uno y lo mismo. Estar cerca de un sabio es como estar cerca de alguien amado.

Hay otro término de los recogidos por los informantes de Sahagún que se refieren al *llamatini*, al sabio, y que me parece, igual que el anterior, perfectamente aplicable a Miguel León-Portilla: *teixcuitiani*, que literalmente quiere decir: "el que hace tomar a los otros una cara". Me parece que muy pocos han contribuido como él a configurar el rostro de nuestro país, y por ende, de todos los mexicanos. Cuando se habla de los hombres y mujeres que hicieron la patria, generalmente se habla de políticos y luchadores sociales. A cada quién su mérito, pero qué injusticia se hace cuando se pasa por alto a aquellos sabios que, como Miguel, han puesto todo su esfuerzo y su talento en el estudio de la historia nacional, en preservar la memoria colectiva, y en enriquecer nuestro legado cultural. Este rostro de México, magnífico, es el que nos enorgullece y el que nos permite seguir unidos.

Con pasión infatigable, en efecto, Miguel ha consagrado su vida a estudiar nuestra historia antigua. Siguió los pasos de su admirado maestro, el doctor Ángel María Garibay, y abordó problemas complejos y sobre los que había tan poca luz, con la ayuda de todas las disciplinas humanísticas, como lo habría hecho un hombre del Renacimiento. León-Portilla es a la vez un antropólogo, un historiador, un lingüista, un filósofo, un traductor notable de los poetas nahuas y él mismo un poeta. Su impresionante erudición y su curiosidad y capacidad para una infinidad de temas de estudio lo hacen una *rara avis* en un mundo que cada vez tiene más especialistas y menos sabios. Como el latino, nada de lo humano le es ajeno, y por eso su comprensión del mundo nahua es una comprensión humanista, y por ello universal.

La imagen que tenemos hoy de nuestro país no sería la misma sin sus contribuciones. Libros como *La Filosofía Náhuatl estudiada en sus fuentes* y *Visión de los Vencidos* cambiaron radicalmente nuestra concepción del pasado precolombino. Gracias a ellos pudimos ubicar en su justo nivel una cultura extraordinaria, que si bien había dado manifestaciones artísticas y arquitectónicas espléndidas no era concebida como capaz de producir un sistema complejo de ideas, ni tampoco una literatura que rebasara el interés antropológico.

La *Filosofía Náhuatl*, libro incomprendido por varios al principio y hasta objeto de burlas, representó el punto de partida de una manera nueva de interrogar los textos y documentos antiguos. Es

por tanto, igualmente, un paradigma metodológico que mucho bien ha hecho a nuestra historiografía, especialmente en lo que hace a ese campo hasta hace poco escasamente atendido, de la historia de las ideas. George Baudot es explícito al respecto: “Pocos libros —dice— han representado y representan aún ahora tanto para entender y situar una de las más espléndidas y más logradas culturas de la humanidad”.

Visión de los Vencidos es un caso extraordinario. Creo que muy pocos libros despiertan tanto fervor y tanta admiración por un grupo de lectores tan grande y tan diverso. El estudiante, el especialista, el amante de la literatura han encontrado en él una fuente esencial. A partir de este libro, el estudio de la historia ya no puede atenerse solamente a la versión de los vencedores, los que tradicionalmente han “hecho” la historia. De manera más contundente y clara que cualquier otro texto. *Visión de los Vencidos* nos hizo comprender el drama de la conquista, sus consecuencias espirituales y la magnitud del primer arrasamiento cultural del que fueron víctimas las naciones originarios de México.

Por si su contribución metodológica e historiográfica no bastará, el libro es también una obra literaria excepcional. Quizás ningún otro libro mexicano alcance tales tonos epopéyicos. Pero hay un efecto de *Visión de los Vencidos*, acaso no previsto por el autor, y es su extraordinaria influencia en la reafirmación cultural e ideológica de grupos indígenas o grupos oprimidos. Este tema lo aborda de manera por demás ilustrativa Jorge Klor de Alva en su texto.

Previsto o no, lo cierto es que León-Portilla logra siempre que sus estudios del pasado se conecten con el presente y, todavía más, apunten al porvenir. Es verdaderamente digno de admiración ver cómo las personas, los grupos sociales, la nación misma, recibe sus trabajos como necesarios. Adonde apunta la visión de León-Portilla hay un asunto que el país necesitaba aclararse y sobre el cual había que meditar, un hueco en nuestra historia que él, verdadero radar de nuestra conciencia colectiva, se apresta a atender y descifrar.

Menciono los dos libros ya citados a manera de ejemplo, pero ciertamente la bibliografía de León-Portilla es impresionante. El índice del libro que hoy nos ocupa, ilustra de manera fehaciente la multiplicidad casi inverosímil de sus intereses como investigador, historiador, filósofo, traductor, impresor de fuentes, profesor, estudioso de Sahagún, de la lengua náhuatl, de la historia de la California mexicana, de la cultura hebrea, etcétera, etcétera

Como Borges, León-Portilla sabe que todas las disciplinas están contaminadas de historia. Quizás esto explique su sed tantálica por

saberlo todo, su pasión histórica que se dispara por los rumbos más inusitados. Pero su generosidad intelectual, esa actitud alegre por compartir todos sus hallazgos y sus búsquedas, eso lo explica su carácter, su don de gentes, su temple modesto y amable.

Este libro nos lo enseña de cuerpo entero. Clementina Díaz y de Ovando, Gisela von Wobeser, Eduardo Matos Moctezuma y Roberto Moreno y de los Arcos, alumnos y colegas todos ellos de Miguel, son los encargados justamente de dibujar su rostro humano, ubicarlo en la amistad, en la vida privada, donde Miguel brilla tanto y da tanto como en la vida intelectual.

La prosapia de Miguel es de adelantados, de los que abrieron camino: tiene parentesco por la vía materna con Manuel Gutiérrez Nájera, fundador del modernismo en nuestro país, y fue sobrino por la vía paterna de Manuel Gamio, el padre de la antropología mexicana. Él mismo abre caminos constantemente, se adelanta, guía a sus alumnos como los mejores maestros: dándoles mucho y exigiéndole mucho. Es emocionante para cualquiera que se dedique a la docencia constatar la admiración que sus alumnos tiene por él. Los investigadores que él ha formado son muchos y muy destacados. Todos los autores que en las páginas del libro se refieren al maestro mencionan cómo éste les cambió las vidas. ¿Puede aspirar a algo más un profesor?

Pero también todos ellos despliegan un espíritu crítico y una acuciosidad que sin duda le debe mucho a la guía académica de León-Portilla. Sus nombres y el lugar que ocupan en el mundo intelectual nos evidencian que el nivel de los estudios históricos, especialmente el que han alcanzado los estudios nahuas, no sería el mismo sin el papel omnipresente de Miguel.

“Si el universo —decía Pascal— nos contiene por el espacio, nosotros contenemos el universo por el espíritu”. Cuando pienso en León-Portilla, me viene a la mente esta frase, verdadera pero cada vez menos explorada en sus posibilidades. El universo intelectual de Miguel es uno en constante expansión, vastísimo y luminoso. Con esa capacidad de trabajo envidiable y con esa inteligencia ejercitada en el análisis más profundo, Miguel León-Portilla nos ha entregado libros e instituciones fundamentales, nos ha ayudado a construir nuestro pasado como una manera de reconciliarnos con el presente. Nos ha enseñado el rostro indígena de nuestro país —un rostro actual y en cambio permanente: una cultura viva—, ha localizado los textos fundamentales, los ha situado, analizado, glosado, para que a manera de hilo de Ariadna nos enseñen la salida de tanta confusión nacional. Nos ha regalado la poesía indispensable, y sobre todo, nos

ha hecho ver con sus estudios del pasado que el país tiene futuro y que la historia es una pasión por la que vale la pena vivir.

BEATRIZ DE LA FUENTE